

## TELECOMUNICACIONES, CULTURA Y ENSEÑANZA DE LA COMUNICACIÓN

Raúl Fuentes Navarro

En los últimos años dos grandes temáticas han irrumpido en el campo de la comunicación rebasándolo claramente, tanto en sus ya imprecisos límites disciplinarios que acaban haciéndose pedazos, como en cuanto a sus recursos académicos que se muestran cada vez más precarios para dar cuenta de las transformaciones en curso: la temática de la globalización, que exige consideraciones macrosociales, sobre todo económicas y políticas, y la temática de las identidades, que remite a enfoques microsociales, sobre todo políticas culturales. Más allá de los ocultamientos del saber inducidos por las corrientes del «neoliberalismo» y la «posmodernidad», la comunicación atraviesa centralmente ambas temáticas ubicando a su conceptualización teórica y a su práctica estratégica como núcleo de uno de los desafíos prioritarios para las ciencias sociales.

Es necesario reconocer, recuperar y extender los frentes de debate y reflexión que para la comunidad académica del campo latinoamericano de la comunicación ha abierto FELAFACS con respecto a estas temáticas y sus implicaciones para la formación de comunicadores. Especialmente importantes resultan los aportes del Seminario sobre Comunicación y Ciencias Sociales realizado en Santafé de Bogotá en octubre de 1991 para celebrar el décimo aniversario de la Federación (Cfr. Diálogos N° 32) y del VII Encuentro Latinoamericano de Facultades de Comunicación Social efectuado en Acapulco en octubre de 1992. A pesar de las críticas adversas que algunos aspectos de la organización de estos eventos pueden haber generado, es indudable que FELAFACS concentró en ellos la contribución de los más valiosos recursos académicos del campo y que puso en evidencia la magnitud de los retos y de los avances del estudio de la comunicación en y para América Latina.

Es necesario reconocer esta fundamental aportación de FELAFACS porque es sin duda el espacio institucional de contacto, intercambio y cooperación más abierto y estimulante, aunque ciertamente no el único, para las escuelas y facultades latinoamericanas de comunicación que la constituyen. FELAFACS es entonces, un espacio propio.

Por lo mismo se hace necesario recuperar, con mucha mayor intensidad que hasta ahora, desde cada una de las más de doscientas instituciones miembros, los cuestionamientos abiertos y los instrumentos de trabajo proporcionados en las múltiples líneas de acción de FELAFACS. Pero en un continente que abarca más de 20 millones de kilómetros cuadrados y donde priman la pobreza y la heterogeneidad, las intercomunicaciones no son fáciles. Las redes constituidas por FELAFACS sobre todo las asociaciones nacionales, no han sido todavía cabalmente utilizadas para extender los aportes del trabajo, de los eventos y proyectos, a todos los miembros de la comunidad académica del continente.

Estas consideraciones surgen de la reflexión de un miembro del Consejo Directivo de la Federación a propósito de la evaluación de los eventos antes mencionados, de la previsión de la Asamblea que en octubre de 1994 habrá de renovar ese órgano máximo de dirección y de la inminente puesta en marcha de dos nuevos proyectos de gran magnitud elaborados por FELAFACS en colaboración con la UNESCO y otras organizaciones latinoamericanas. Ambos proyectos tienen que ver con el desarrollo de las «nuevas tecnologías», que fueron el tema del V Encuentro Latinoamericano (Bogotá 1986): uno se titula «Red Informatizada de Centros de Documentación sobre Comunicaciones en América Latina», presentado por FELAFACS, IPAL, COMNET-AL al PIDC de la UNESCO, y el otro, «Proyecto para la Enseñanza de las Telecomunicaciones en las Facultades y Escuelas de Comunicación Social de

América Latina», en desarrollo bajo los auspicios de FELAFAC y la Oficina del Consejero Regional en Comunicación para América Latina de la UNESCO.

El primero de estos proyectos utiliza uno de los recursos más avanzados de la tecnología digital para el almacenamiento y distribución de información, el CD-ROM o base de datos en discos compactos, y pretende por ese medio interrelacionar a los principales centros de documentación sobre comunicación de región iberoamericana, poner a disposición de las 300 escuelas y facultades de comunicación latinoamericanas la producción bibliográfica y hemerográfica de la región en el campo, sistematizada por ellos, en texto integral. El proyecto incluye la realización de siete cursos sub-regionales de entrenamiento sobre documentación, informatización y uso académicos de la tecnología. Este último aspecto es fundamental, ya que aunque los costos de muchas innovaciones informáticas como las involucradas en el proyecto se han reducido drásticamente en la última década facilitando su incorporación a las actividades de la mayor parte de las instituciones educativas, el conjunto de saberes necesarios para su aprovechamiento cabal no se ha extendido tan amplia o rápidamente como los equipos.

En ese sentido precisamente apunta el segundo proyecto. Así como la informática ha extendido exponencialmente las capacidades de procesamiento de información, su empleo en combinación con las telecomunicaciones ha permitido extender también exponencialmente las capacidades de distribución e interacción a distancia, modificando radicalmente las relaciones que los sujetos mantienen con las estructuras sociales globales y las culturas contemporáneas. De ahí la necesidad de avanzar en la comprensión de los impactos y posibilidades que en diversas escalas y dimensiones socioculturales aportan las infraestructuras tecnológicas actuales a la comunicación social y de adecuar los marcos disciplinarios y profesionales de la comunicación a estos hechos.

Todavía a mediados de los ochenta cuando FELAFACS dedicó a las «nuevas tecnologías» su V Encuentro Latinoamericano (Cfr. Nuevas Tecnologías y Comunicación, Bogotá, 1987), parecían dividirse las posturas: entre la resistencia por una parte o la fascinación por otra, y la aceptación crítica de los nuevos retos asociados a estas tecnologías y su incorporación en los países latinoamericanos. Hoy las evidencias de que no es sostenible ninguna postura que ignore, minimice o deje al margen su importancia en y para la práctica de la comunicación, son incontestables.

Pero aceptar esas evidencias y utilizar los nuevos recursos para propósitos propios de la academia misma (por ejemplo, al enviar este texto vía fax o por correo electrónico a la redacción de Dialogos en Lima desde Guadalajara en unos cuantos minutos, por supuesto después de haberlo escrito en computadora) no significa renunciar a la asimilación crítica ni en lo conceptual ni en lo práctico. De hecho, la intención central de este artículo es proponer la integración de la problemática de las telecomunicaciones y la globalización en el contexto de la tendencia central de la década de los ochenta en nuestro campo, la inserción del estudio de la comunicación en el de la cultura y las identidades. Es decir, no se trata otra vez de separar los enfoques (macro) tecnológico-informacionales sobre la comunicación de los (micro) socioculturales, sino de replantear sus múltiples relaciones (de complementación, de contradicción, de mutua afectación, de confluencia o divergencia lógica y práctica, etc.) en términos educativos y profesionales propios de las escuelas y facultades de comunicación social.

Entre los últimos aportes conceptuales y referenciales de la investigación y la teoría de la comunicación en los años más recientes, pueden destacarse las propuestas de recuperar, desde la reflexión epistemológica, el rigor crítico y la visión estratégica en el campo de la comunicación. Armand y Michéle Mattelart en su prólogo a la edición española de *Pensar sobre los Medios* (1987) plantean el por qué con claridad:

Las realidades de la «comunicación» han evolucionado considerablemente, según lo demuestran los procesos de privatización y de desreglamentación de las instituciones audiovisuales y de las redes de telecomunicaciones, la construcción de un sistema de «comunicación mundo» en el contexto de una «economía mundo» en el sentido braudeliano del término, y la mercantilización de sectores (cultura, educación, religión, sanidad, etc.) que habían permanecido, hasta entonces, al margen del circuito comercial y que apenas se habían visto afectados por la ley del valor. Las nuevas tecnologías de comunicación no sólo ocupan el lugar central de un reto industrial; están en el corazón mismo de las estrategias de reorganización social de las relaciones entre el Estado y el ciudadano, los poderes locales y centrales, los productores y los consumidores, los patronos y los trabajadores, los enseñantes y los enseñados, los expertos y los ejecutantes. En este contexto de mutaciones científicas y tecnológicas han surgido nuevos actores históricos, tanto en el campo de la industria y del mercado como en el de las estrategias de resistencia social, tanto en el «primer» mundo como en el tercer mundo (p.21).

Un proyecto para el estudio de las telecomunicaciones en América Latina exige como punto de partida el reconocimiento de que, al igual que cualquier otro objeto de estudio de lo social, esta comunicación-mundo «está constituida por un nexo complejo de elementos con múltiples dimensiones, relaciones y determinaciones mediadoras, que puede ser descrito y analizado a diversos niveles de generalidad y abstracción en una forma sistemática» (Sánchez Ruiz, Medios de Difusión y Sociedad, 1992, p. 96). Pero no puede ignorarse en este proceso de construcción de un objeto académico, el origen en principio exógeno de éste. Aunque muchos de los problemas actuales al respecto son comunes a los países «generadores» de las tecnologías y sistemas de telecomunicación y a los países «adoptantes» de éstas, la globalización no elimina sino que incrementa la desigualdad de recursos disponibles para enfrentarlos y resolverlos. De ahí se desprende la pertinencia de introducir la temática de la telecomunicación en las escuelas de comunicación social de la región, pero también la doble determinación de su consistencia, lo cual remite no sólo a la epistemología sino también a la ética.

Con base en una valoración apropiada a las condiciones -y a las intenciones- latinoamericanas, es necesario asimilar el «estado de la cuestión» en el mundo y alcanzar el nivel de competencia académica requerido para «seguir el paso» de evolución del objeto de estudio; pero al mismo tiempo es indispensable hacerlo con prioridades extremadamente precisas y recursos mucho más limitados que en los países centrales, comenzando con el tiempo socialmente disponible. Conviene entonces rescatar la importancia de la reflexión epistemológica «frente al auge de las corrientes neopositivistas y a la fascinación por las herramientas tecnológicas que las acompañan», como señalan los Mattelart, quienes plantean fundamentalmente la «necesidad de la distancia teórica para comprender en qué medida la remodelación de los sistemas de comunicación afecta a nuestras sociedades, así como la forma de reflexionar sobre ellos (de concebirlos)».

Sin embargo, el conocimiento teórico y práctico necesario para dar sustancia al estudio de las telecomunicaciones parece no contar en América Latina con las articulaciones mínimas necesarias al menos desde el punto de vista del campo académico de la comunicación. Actualmente, como quizá en ninguna otra dimensión del desarrollo, exceptuando quizá la política económica, la investigación y la toma de decisiones en telecomunicaciones exigen una vinculación extremadamente estrecha, mediada por la planificación. Así parece suceder en los centros hegemónicos globales, sean gobiernos o empresas transnacionales, y no siempre hay evidencias de que esto ocurra en América Latina. Un aspecto sobre el que conviene reflexionar, desde la práctica, es la vinculación entre esta articulación científico-política y el campo académico: cabe preguntarse ¿dónde y cómo se forman los investigadores y planificadores de las telecomunicaciones latinoamericanas? Casi puede asegurarse que no es en las facultades de

comunicación social de la región. El campo de las telecomunicaciones, si acaso, es atendido por las universidades latinoamericanas en las facultades de economía e ingeniería y es necesario modificar esta situación, no tanto para la formación de analistas y operadores de las telecomunicaciones como para la ubicación de los profesionales de la comunicación social en el propio entorno sociocultural.

No obstante la desarticulación radical señalada, en América Latina se realiza investigación (social) sobre las telecomunicaciones. Una muestra puede ser el programa del I Congreso Latinoamericano de Investigadores de la Comunicación organizado por la ALAIC en Sao Paulo en agosto de 1992, donde al menos en dos de los grupos de trabajo se presentaron ponencias (mexicanas, brasileñas, venezolanas, argentinas) sobre este campo, especialmente sobre la privatización de las telecomunicaciones. También en el VII Encuentro Latinoamericano de Facultades de Comunicación convocado por FELAFACS en Acapulco en octubre del mismo año, la temática fue abordada, especialmente en relación con la identidad y la integración latinoamericanas. El conferencista inaugural, Antonio Pasquali, que ha señalado desde hace muchos años el descuido de la formación en telecomunicaciones en América Latina, insistió («El comunicador y el reordenamiento del mundo») en la importancia estratégica del asunto:

Considero como una segunda necesidad de mucha relevancia redefinir y actualizar el significado de «Comunicación» en el título de nuestras facultades y escuelas. Varias de ellas, permítanme decirlo con franqueza, vienen reiterando los viejos esquemas estructurales de las meritorias Escuelas de Periodismo, o no han logrado adecuarse a las nuevas demandas o carecen de infraestructura. Entiendo que muy pocas expresan a nivel curricular la polisignificancia del término, en momentos históricos en que «pensar la comunicación» en todas sus vertientes ha adquirido enorme relevancia (...)

Nuestras facultades y escuelas necesitan abrirse en extensión y profundidad: por un lado acentuando su colaboración con Filosofía y demás ciencias del hombre, Economía, Educación, Ingeniería, Electrónica, Artes y Arquitectura: por el otro, ensanchando sus intereses curriculares cuando menos a áreas tales como la economía de la cultura y la comunicación, correos y telecomunicaciones... (p.20).

No obstante que la desarticulación investigación/docencia es una de las constantes más preocupantes del campo académico de la comunicación en América Latina, algunos de los temas desarrollados con mayor fuerza y originalidad por los investigadores latinoamericanos han logrado ser incorporados, aunque con cierto retraso y no siempre de la manera más adecuada, a los currícula. Así sucedió con las tradiciones de investigación formadas en América Latina alrededor del NOMIC y las políticas de comunicación, la comunicación alternativa, la comunicación/cultura y, quizá últimamente, del estudio de la «recepción» y las identidades. Cada una con su propio «colegio invisible», su conjunto de supuestos y propósitos académico-políticos compartidos, su conjunto de preguntas e hipótesis centrales, sus propuestas para las escuelas y los profesionales de la comunicación. Pero sobre las telecomunicaciones no parece existir aún en América Latina la red de conexiones y consensos que la constituyan en una tradición, término que a pesar de sus connotaciones conservadoras es utilizado aquí en sentido opuesto: como un mecanismo social de innovación y de progreso en las ciencias. ¿Cabría impulsar su formación desde las universidades? En un artículo publicado en *Dia-logos* N° 28 Jesús Martín Barbero ubica en su contexto esta cuestión y la responde con otra:

Al faltarles tradición académica y al tener como campo de estudio procesos estratégicos de la vida política y cultural, los estudios de comunicación se ven permanentemente desgarrados entre una tendencia fundamentalista y otra practicista. El recorrido de esos estudios en América Latina muestra las

dificultades que encuentra aún la articulación de lo abordado en la investigación con lo tematizable en la docencia, así como la lenta consolidación en propuestas curriculares de la interacción entre avance teórico y renovación profesional. De otra parte, al no estar integrado por una disciplina sino por un conjunto de saberes y prácticas pertenecientes a diversas disciplinas y campos, el estudio de la comunicación presenta dispersión y amalgama, especialmente visibles en la relación entre ciencias sociales y adiestramientos técnicos. De ahí la tentación tecnocrática de superar esa amalgama fragmentando y especializando las prácticas por oficios siguiendo los requerimientos del mercado laboral. Pero en países como los nuestros, donde la investigación y el trabajo teórico no tiene, salvo honrosas excepciones, espacios de desarrollo institucional fuera de las universidades, ¿dónde situar entonces la tarea de dar forma a las demandas de comunicación que vienen de la sociedad y al diseño de alternativas? (p. 71).

Si aceptamos esta «tarea de dar forma a las demandas de comunicación» mediante la formación de profesionales «mediadores» y no sólo Intermedios» (Cfr. Martín Barbero en *Dia-logos* N° 26) en nuestras universidades, la comprensión y el aprovechamiento de las telecomunicaciones deben estar integrados con el análisis de las culturas y las identidades que ellas atraviesan y, literalmente, transnacionalizan. El reto es verdaderamente apabullante, pero ineludible, y supone una completa reformulación teórica y práctica de la teoría, la enseñanza, la investigación y las profesiones de la comunicación. En América Latina difícilmente podrán encontrarse más lúcidas y orientadoras propuestas al respecto que las trabajadas por Jesús Martín Barbero, quien en un texto más en *Dia-logos* (N° 32), argumenta en favor de la transdisciplinariedad para «Pensar la sociedad desde la comunicación»:

En esta nueva perspectiva industria cultural y comunicaciones masivas son el nombre de los nuevos procesos de producción y circulación de la cultura, que corresponden no sólo a innovaciones tecnológicas sino a nuevas formas de sensibilidad y a nuevos tipos de disfrute y apropiación. Y que tienen, si no su origen, al menos su correlato más decisivo en las nuevas formas de sociabilidad con que la gente enfrenta la heterogeneidad simbólica y la inabarcabilidad de la ciudad. Es desde las nuevas formas de juntarse y de excluirse, de reconocerse y desconocerse, que adquiere espesor social y relevancia cognitiva lo que pasa en y por los medios y las nuevas tecnologías de la comunicación. Pues es desde ahí que los medios han entrado a constituir lo público, esto es a mediar en la producción del nuevo imaginario que en algún modo integra la desgarrada experiencia urbana de los ciudadanos (p. 29).

En el escenario sociocultural presente, cruzado tanto por los procesos de globalización como por la emergencia de nuevas identidades, y caracterizado por profundas transformaciones sociales, es posible seguir afirmando que el comunicador cuyo futuro tiene futuro es el que en el presente desarrolla su capacidad de dominar el lenguaje: hablar, escuchar, leer y escribir para ubicarse en el multidimensional y rápidamente cambiante entorno sociocultural; que desarrolla su capacidad de controlarla información, sus códigos y canales de producción y circulación social, especialmente los de más amplia cobertura; que desarrolla su capacidad de relacionar los medios con los fines, es decir, de vincular necesidades y satisfactores de comunicación mediante el uso apropiado de los recursos disponibles; y que desarrolla su capacidad para operar educativamente la comunicación, o en otras palabras, para hacer participar a los sujetos sociales, consciente e intencionalmente, en la transformación de sus condiciones concretas de existencia a través de la apropiación crítica de sus prácticas mediante la comunicación. Y ese es también, precisamente, si nos atenemos a la indispensable coherencia entre la teoría y la práctica, el modelo que debe guiar la formación en la universidad de quienes habrán de ejercer la comunicación profesionalmente en la sociedad del futuro próximo. Sin duda, hay mucho trabajo que hacer en las escuelas de comunicación.